

Carlos Real de Azúa, ANTOLOGÍA DEL ENSAYO URUGUAYO CONTEMPORÁNEO, Tomo I. Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 1964, pp. 248-252.

### **Clemente Estable (1894)**

Como hombre de ciencia, histólogo, discípulo notable de Santiago Ramón y Cajal, propulsor del **Instituto de Investigaciones Biológicas**, Clemente Estable es bien conocido en el país y en los círculos especializados del extranjero. En el Uruguay ha recibido homenajes públicos que a pocos compatriotas vivos se han tributado, venciendo las resistencias del trabajador de gabinete, del enclaustrado en la obra impersonal del conocimiento, aunque acaso sabedor que las honras individuales revierten eficazmente sobre las tareas, las empresas que, con pasión, ha fomentado. Pero, además de este aspecto –sin duda el fundamental de su personalidad–, Estable es un teórico de indiscutible valor en psicología pedagógica y pedagogía de la investigación, intereses hacia los que le han conducido su especialidad científica y su primera, imborrada, formación magisterial. En este aspecto de su pensamiento se inscriben sus trabajos **En el reino de las vocaciones** (1921 y 1923), **Psicología de la vocación** (1942), **Sobre las vocaciones** (1947) y otras páginas que hubo de reunir con el título de **Temas pedagógicos**.

Sin embargo, todavía es Estable –ocasional y pudorosamente– un ensayista cabal, de pensamiento libre y personal y expresión sabrosa y directa. En los textos de este sector de su obra se percibe un timbre en mucho similar al en parecer irrepetible de Carlos Vaz Ferreira. Y ello es así porque parecería común a ambos una especie de discurrir en “estado naciente”, crecido en la propia versión meditativa, algo desgarbado, casi taquigráfico, y por eso tan funcionalmente estricto como cálido. En esos textos, se puede igualmente sorprender una abierta predilección por la forma axiomática y la “del mandamiento”; igualmente por el esquema pedagógico que no teme el afeo de numerales y ordinales cuando ellos son necesarios para el nítido sentido de lo dicho.

Tales son los rasgos –y las virtudes– que exhiben algunas de sus piezas oratorias más recordadas: el **Discurso a la juventud uruguaya**, las palabras de gracias pronunciadas ante el poder Legislativo (**Homenaje a Estable**, Cámara de Representantes, 1960) o el discurso de Nueva Delhi, recogido en REVISTA NACIONAL (nº 193). Muy gustoso parece sentirse Estable en este tipo de elocuencia ariélica, en estas “profesiones de fe” de larga destilación vital. Pero también son muy abundantes a lo largo de los años de Estable las páginas de ocasión menos solemne y más directamente ensayísticas sobre hombres de ciencia, sobre figuras nacionales (Vaz Ferreira, Oribe, Montero Bustamante) o en torno a fundamentales cuestiones de cultura americana (caso del valioso estudio

**Definición de América Latina**, en NUESTRO TIEMPO, nº 5, 1957, que muy ventajosamente podría cotejarse con otros textos recogidos en esta selección).

Son insustituibles todas esas páginas para incorporar la posible vigencia de un pensamiento culturalista, de raíz y entonación científicas, humanista e indisimulablemente optimista o (si se quiere otra tipificación) de “idealismo realista”, vitalista y pragmatista, profesado con honda convicción y fiel a las tendencias más profundas de la filosofía implícita de la inteligencia del país y de su tiempo.

La confianza en el valor regenerador y educador de una ciencia bien entendida se levanta, con cierta credulidad deliberada y edificante, sobre la conciencia bien evidente de sus peligrosas posibilidades. La significación de un humanismo moderno, al mismo tiempo nutrido con las mejores tradiciones de Occidente y de Oriente, es una pauta muy firme de todo su pensamiento, que incluye así los valores de trascendencia y el sentido “espíritu-céntrico” (sino teocéntrico) de las grandes culturas de Asia. Pero Estable piensa en un humanismo universalizado por medio de las ilimitadas posibilidades de la técnica y todo el repertorio conceptual e instrumental de la Modernidad. La fuerza de los ideales y valores que hagan a todos los hombres señores de sí mismos, la eficacia del último y sustancial “realismo” que implica profesarlos (muy cerca en esto de Benvenuto), se une en Estable a un rotundo personalismo. En ese personalismo se conjugan, así, la esperanza en un esfuerzo capaz de alzar al hombre sobre sus fatalidades, límites y humillaciones pero, también, la convicción en lo necesario de una instancia final, en la bondad de que, esto cumplido, se opere en él una apertura al amor, a la comunicación fraterna, total, con sus semejantes, con la naturaleza, con Dios. Ni “allendismo” ni “aquendismo” puros, entonces, ni humanismo sin técnica ni técnica sin humanismo sino una radical, definida defensa de los dos términos de ambas (posibles) antítesis.

Sobre tales supuestos está fundada en Estable su concepción de la democracia y su creer en la unidad del mundo y en la identidad de querencias de los hombres por encima de “ismos” y de fronteras. En este sentido es lógico que se haya identificado, casi desde su nacimiento en 1946, con la causa de U.N.E.S.C.O.: todas sus ideas le acercan a la filosofía cultural tácita que preside a esta institución internacional.

Tal sería, en grandes líneas, su ideario, la cosmovisión de quien Oribe ha afirmado que **nada del lo divino del hombre le es extraño**, pero cuyo meollo intelectual tal vez pudiera condensarse mejor en la frase propia de que el **conocimiento es menos que la experiencia y la experiencia menos que la realidad y la realidad no es todo...**

Este sector no puramente técnico de la obra de Estable –cabe anotar– podría asumir la representación de un tipo de pensamiento del país que accede a la reflexión ensayística, y mismo a la filosofía, desde la línea de formación médica y biológica. Sin agotar los nombres, recuérdense las agudas páginas del Dr. Augusto Turenne, el onduloso y bien escrito libro del Dr. Héctor Rossello (1883-1957), **La Emoción como imperativo** (1925), el planteo del Dr. Santín Carlos Rossi (1884-1936) en **El criterio fisiológico** (1919), los textos más recientes del Dr. Víctor Soriano, **El mesianismo biológico del macho** (1953), del recordado educador Agustín Ferreiro, **La medicina, una noble profesión** (1958), del Dr. Héctor H. Muiños (1888), **Imaginaciones y realidades** (1960), del Dr. Washington Buño.

El texto seleccionado en este libro confirma (como se ha tratado habitualmente de conseguir en él) los trazos capitales de la personalidad intelectual delineada. Podrá notarse en sus páginas la índole ensayística del discurso, extremada en ocasiones hasta lo errabundo y la ausencia de transiciones, de conexiones visibles entre las partes. También la postura arbitral y su constante conclusión optimista y conciliadora (de linaje rodoniano), aplicada aquí a los posibles –y efectivos– conflictos entre los “saberes” que importan las Ciencias, la Religión, las Artes, la Filosofía. Parecería, en cambio, de filiación vazferreiriana la confianza con que contempla la influencia de los fenómenos de la masificación sobre la cultura y la atención, localizada en este punto, al hecho de que ahora “todos” los hombres tengan acceso a ella. Una filosofía de apertura a la realidad, de auténtico liberalismo preside toda la exposición, capaz de integrar ese humanismo “aquendista” a que se hacía referencia con las “grandes cuestiones” y el “problema de Dios”. Pero ellas se sitúan (es fácil verlo) como coronamiento, como etapa última a la que se llega una vez despejadas las urgencias, las constricciones más inmediatas. La clásica posición antidogmática y relativista del pensamiento del novecientos es replanteada aquí con el cuidado de distinguir tal postura de una banal indiferencia y un escepticismo romo: hacia un sentido de la jerarquía y complementariedad dialéctica de las “verdades” es que aguza Estable la solución de una viva y real antítesis. Se nota en todo el desarrollo la mentalidad, las preocupaciones del hombre de ciencia, consciente de la validez y los recíprocos límites del razonamiento y la observación. Es en esta tesitura que el autor plantea la cuestión del fideísmo y las ortodoxias: el punto de vista psicológico, empírico se impone sobre cualquier otro. Igualmente es visible en Estable la voluntad de relacionar las cuestiones pedagógicas, tantas veces reducidas a un puro tecnicismo ciego, con un amplio reino cultural de “fines”, minuciosamente fundados y dilucidados. Es a la luz de ellos que cierta versión transpersonal, no puramente autonomista de la cultura, asoma en el discurso: parece seguro que es desde tal versión que Estable juzga con notoria displicencia las persistentes místicas “reformistas” de la enseñanza (primaria en este caso), infalibles curalotodo que cada promoción de administradores idea para su gloria. Es que el autor, se notará, biólogo al fin y no ingeniero, cree más en el “crecimiento” vital que en la

“fabricación” de naturaleza mecánica. Vitalismo, idealismo y realismo se cruzan entonces como inextricables vetas de sostén filosófico. El tono, por último, es paternal e íntimo y hay cierto timbre martiano en algunos aforismos que esmaltan estas páginas. El texto con el título “Esto no es un prólogo...” hubo de servir, en 1947, a una edición de escritos pedagógicos de Estable proyectada por el Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal.